

los recursos derivados de la Corona, una lista de las donaciones privadas para evangelizar California (E. J. Burrus [ed.] 1962: 301-302):

**Nómina de las personas que con sus caudales han ayudado a la conquista y conservación de California<sup>11</sup>**

Marqués de Villa Puente (hasta el 8 de abril de 1720)	167.540
Bachiller Don Juan Caballero y Ocio	44.000
Don Diego Gill de la Sierpe	25.000
Don Nicolás de Ermiaga	14.000
Don Nicolás de Arteaga	12.000
Marquesa de las Torres	10.000
Duque de Linares	11.000
Padre jesuita Joseph de Guevara	10.000
Padre jesuita Juan M <sup>a</sup> Luyando	10.000
Congregación de los Dolores de México	8.000
Don Dámaso de Zaldivia	4.000
Duquesa de Sessa	2.000
Don Luis de Velasco	10.000
Padres misioneros de la Compañía de Jesús de las provincias de Sinaloa, Sonora y Tarahumara (limosnas pedidas para California hasta 1720)	105.000
Limosnas de ciudades y villas de México en dinero, ropas y otros géneros	115.500
Total	548.040

De todos estos datos económicos que se nos proporcionan referentes a la colonización de Baja California, se desprende la gran dependencia que esta colonia tenía de los territorios mexicanos en general, y principalmente de Sonora y Sinaloa que abastecían, a través de la navegación por el Golfo, las necesidades de California; por ello, tal como apuntan diversos autores, era previamente necesaria una presencia europea firme en el norte de México para la colonización californiana<sup>12</sup>.

## Organización de las misiones

Los misioneros jesuitas establecieron para Baja California un gobierno eclesiástico-militar que tenía por objeto reducir a sus tribus nómadas de cazadores-recolectores-pescadores a una vida de productores agrícolas con poblaciones estables. Para ello insistieron repetidamente en la exclusividad de sus derechos de colonización y diseñaron una estrategia que les permitió introducirse en la vida de los pueblos californianos.

Ciertamente, ya desde principios del siglo XVIII habían surgido distintos intentos de promover una colonización civil en la península y construir un presidio en la costa occidental para socorrer a la navegación del Pacífico. En 1705, el padre Salvatierra se dirigió al virrey de México para manifestarle su opinión al respecto:

<sup>11</sup> Cifras en pesos.

<sup>12</sup> Ver al respecto: W. M. Mathes (1982a, 1983), J. M<sup>a</sup> Muria (1982) entre otros.

...le hizo ver los gravísimos daños que resultarían si el presidio se hacía independiente de los misioneros, como algunos inconsideradamente querían, porque entonces tanto los oficiales como los soldados, descuidando de sus obligaciones para con la colonia, se entregarían a la pesca de perla como más útil, y en vez de defender las misiones y a los misioneros y de proteger a los neófitos, se harían enemigos de unos y otros, sirviéndose de los indios como de esclavos, y calumniando a los misioneros porque los defendían, como sucedía frecuentemente en las misiones de Sonora y Sinaloa. Manifestó también que ni aún a los mismos soldados les era conveniente la independencia de su capitán en un país ultramarino y remoto, porque si éste los trataba mal, sólo podrían libertarse del mal trato con la desertión; cuando al contrario, dependiendo el capitán del superior de las misiones, no se atrevería a vejarlos por temor de perder su empleo, ni a ellos les sería difícil quejarse cuando sufriesen alguna injuria. /.../ En cuanto a la real orden de enviar a la California algunas familias pobres de México, decía que no podía ejecutarse hasta que no se hallasen en la península tierras labrantías para sostenerlas, porque ni aún la pequeña colonia de Loreto podía subsistir sin socorros llevados de fuera (F. X. Clavijero 1982: 122).

La oposición a aceptar el establecimiento de gentes que no estuvieran bajo la responsabilidad directa de los misioneros persistió durante todo el tiempo de ocupación jesuita. Cuando después de la rebelión de las tribus del Sur —que comentaremos posteriormente— Felipe V y el Consejo de Indias recomendaron el traslado de población civil a California, los misioneros presentaron las mismas objeciones que hemos mencionado; e incluso, cuando se construyó el presidio del sur, en la zona de San José del Cabo, a causa de los citados disturbios, se ejerció el mando por hombres nombrados por el virrey, pero posteriormente se otorgó el mismo a los colaboradores de los misioneros a causa de los problemas y desórdenes que se sucedieron (F. X. Clavijero 1982: 188-189).

Finalmente, en 1748 un exsoldado del presidio de Loreto, Manuel de Ocio, estableció la primera colonia civil de Baja California al promover una explotación minera en Santa Ana, al Sur de la Península. Los misioneros pusieron toda clase de obstáculos para evitar el éxito de esta empresa, ya que en su opinión las influencias que se ejercerían sobre el cristianismo naciente en aquella región serían muy perjudiciales. Como ejemplo observemos los comentarios de dos jesuitas:

Los operarios, hombres sacados de la hez del pueblo, y por lo regular desmoralizados, comenzaron pronto a despertar con sus sugerencias la natural inquietud y malas inclinaciones de los pericúes<sup>13</sup>. Les decían que los indios de México pagaban tributo al rey y mantenían a sus curas, pero gozaban entera libertad e iban donde querían; que los curas los dejaban hacer cuanto les parecía, con tal que cumpliesen con la iglesia, y que cada indio tenía su campo, que cultivaba a su arbitrio, vendiendo los frutos en las minas o en alguna ciudad, según le tenía más a cuenta (F. X. Clavijero 1982: 217)

...es verdaderamente fatal los vicios de estos mineros, que les está dando por enseñar a los indígenas el torpe deseo de ser libre. (Miguel del Barco, citado en M. León Portilla 1985: 20)

Los principales problemas con que se encontró Ocio fueron la falta de mano de obra disponible y la carencia de provisiones, ya que en un principio los misioneros

<sup>13</sup> Tribu del sur de Baja California; ver más adelante.

se negaron incluso a venderle avituallamiento; sin embargo, estos contratiempos no frenaron la empresa<sup>14</sup>, hasta el punto que se trasladaron indios yaquis y mayas del continente para trabajar; Ocio consigue comerciar directamente con México e incluso crea una ganadería propia en Baja California que en 1768 llega a 5000 cabezas de bovino (Jorge Luis Amao 1983: 19 y siguientes).

Realmente este asentamiento, y los que le siguieron, tuvieron incidencia en la población aborigen, de manera que los pericú del sur pretendieron una serie de cambios en la vida de las misiones como la distribución de la tierra, la decisión personal de cultivos y venta, que los misioneros tuvieran a su cargo mujeres, niños, ancianos y enfermos, la concesión de bestias de carga. La libertad para viajar y la disposición del barco para comunicar con el continente (F. X. Clavijero 1982: 217). Sin embargo, aunque surgieron algunos conflictos<sup>15</sup>, la población del sur estaba muy diezmada por las guerras y epidemias, y no tenemos constancia del éxito de ninguna de sus peticiones.

La manera en que los misioneros jesuitas penetraron en la vida de los aborígenes fue regalarles y alimentarles a condición de oír y participar de la doctrina cristiana, y a partir de allí atraían a la población a las primeras misiones. Para ello, supuso una gran ventaja el interés que, desde la primera expedición del padre Kino, pusieron los misioneros en estudiar los idiomas y dialectos de la población y se sirvieron de éstos para adoctrinar a los californianos. Este dato es relativamente importante ya que, por aquella época, no todo el mundo participaba del mismo criterio al respecto; así nos consta en la carta, anteriormente citada, del padre Piccolo al Propósito General de la Compañía de Jesús en Roma, en la que comenta cómo se extrañó el Arzobispo Virrey de México porque tres catecúmenos californianos que viajaban con Piccolo no sabían la doctrina en castellano, y ordenó que en adelante así se les enseñara (E. J. Burrus [ed.] 1962: 102-103).

Los misioneros ponían mucho énfasis en dos aspectos que consideraban claves para introducir a aquellos «salvajes» a una vida «civilizada». En primer lugar era fundamental la educación<sup>16</sup>, por lo que procuraban retener a los niños y niñas de seis a doce años viviendo a costa del misionero, quien procuraba enseñarles el cristianismo, «buenas costumbres» y distintos oficios (F. X. Clavijero 1982: 232-233). El otro pilar evangelizador era el trabajo; la gente adulta debía trabajar porque:

...estando expensados en todo por la misión y siendo para ellos los frutos de aquellas labores, era justo que se ocupasen en ellas, y era también útil a su salud espiritual y corporal, el distraerse de la ociosidad y acostumbrarse a la vida laboriosa (F. X. Clavijero 1982: 231-232).

De este modo la vida cotidiana de todas las misiones seguía un esquema similar: a primera hora de la mañana misa para todos los presentes en la misión, después la primera comida, seguidamente distribución de trabajo en huertos o talleres, después un alto para la comida (generalmente maíz y en algunas ocasiones carne, legumbres o fruta), continuación del trabajo, oración y cena (F. X. Clavijero 1982: 109-110 y 231-232).

<sup>14</sup> Para entender el éxito de esta empresa hay que tener en consideración que esta explotación minera fue la primera ocasión que supuso ingresos —vía impuestos— al Real Erario desde el principio de la colonización de Baja California (J. L. Amao 1983: 23).

<sup>15</sup> Parece ser que algunos pericú llegaron a escapar de los misioneros para exponer sus quejas en Guadalajara, aunque ello no tuvo más consecuencia (F. X. Clavijero 1982: 220-221).

<sup>16</sup> «... la educación es el fundamento de la base de la vida civil y cristiana» (F. X. Clavijero 1982: 232).